

Aproximaciones a las prácticas ciudadanas a través de dos grupos de jóvenes de la Ciudad de México.

Mónica Eugenia Zenil.

Cita:

Mónica Eugenia Zenil (2007). *Aproximaciones a las prácticas ciudadanas a través de dos grupos de jóvenes de la Ciudad de México. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1738>

Aproximaciones a las prácticas ciudadanas a través de dos grupos de jóvenes de la Ciudad de México

Mónica E. Zenil Medellín
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM
Mayo 2007

La ciudadanía es una noción dinámica y compleja, articuladora de actores, prácticas sociales, marcos normativos y estructuras institucionales. La ciudadanía también describe formas de relación, así como procesos de inclusión y exclusión entre actores que se interrelacionan en contextos sociales fragmentados y polarizantes. En esta perspectiva, ser ciudadano y actuar como ciudadano alude a dos fenómenos distintos. Por un lado, *ser ciudadano* se refiere a un estatus resultado de la membresía a una comunidad política, en la que los sujetos se adscriben a un conjunto de derechos y obligaciones históricamente adquiridos. Por otro, *actuar como ciudadano* alude a una serie de experiencias que hacen visible demandas y aspiraciones de actores, especialmente aquellos que a la luz de las transformaciones sociales, económicas y políticas han visto acentuada su situación de vulnerabilidad. Desde esta perspectiva, las interrogantes formuladas acerca del papel de los ciudadanos en la sociedad contemporánea se sitúan en un doble plano: primero, en qué tipo de entramado institucional se sostiene la condición de ciudadanía y, segundo, qué sujetos y en qué espacios se construyen cotidianamente experiencias ciudadanas. En este último nivel, el de los sujetos, sus prácticas y significados, se centra esta exploración sobre dos agrupaciones juveniles y sus efectos en el desarrollo de acciones encaminadas a construir y fortalecer la noción de ciudadanía.

Típicamente la ciudadanía ha sido concebida como un estatus que se concede a todo sujeto que cumple con una serie de condiciones públicamente reconocibles (de ahí su estrecha relación con la idea de igualdad). Se asume que los derechos ciudadanos son efecto de reclamos similares bajo circunstancias en las que dos partes negocian sobre la base de intereses el mismo objeto pero desde posturas diferentes (Tilly.1998:71). Lo anterior sugiere dos líneas básicas de acepción acerca de la ciudadanía: por un lado, la relativa al conjunto de derechos y obligaciones atribuibles a casi cualquier integrante de una comunidad y, la segunda admite que la ciudadanía no es una condición que deriva de un proceso acabado, sino el

espacio para expresar intereses de todos los integrantes de un grupo social, por lo que se trata una condición individual y colectiva en construcción permanente.

En la formulación clásica de Marshall (1965), los derechos y obligaciones ciudadanos son consecuencia de luchas sociales que han dado como resultado el reconocimiento de derechos y sus respectivas obligaciones. Autores más contemporáneos (Mead.1997; Castells.2003; Turner.2002, Touraine.1997) han señalado que la creciente diferenciación social y simbólica que opera en la sociedad plantea el desafío de hacer de la ciudadanía un concepto más incluyente, en que se reconozcan las diferencias de condiciones, intereses y pertenencias a partir de las cuales se construyen sujetos y formas de acción. Esto hace que adquieran centralidad las estrategias desarrolladas por los sujetos para hacerse ver y escuchar en sociedades que muestran una limitada tendencia a reconocer e incluir a quienes se encuentran fuera de los esquemas preestablecidos.

Paralelamente, el proceso mediante el cual los ciudadanos se constituyen como tales no es unitario, sino por el contrario, se trata de procesos diferenciados en que se mezclan aptitudes individual y colectivamente desarrolladas, lo que resulta en múltiples formas de ciudadanía interactuando en el ámbito de la sociedad compleja. No obstante, vale la pena apuntar, que la diferenciación que presupone esta perspectiva sobre la ciudadanía no conduce, al menos teóricamente, a situaciones de exclusión entre actores e intereses, sino todo lo contrario, es decir, la ciudadanía se convierte en un concepto aglutinador y ordenador de la acción social en el que confluyen, recuperando a Tilly (2000) roles, pertenencias y lazos, en el terreno de lo público, entendido este como el ámbito que, rebasando el marco de lo político, es el lugar donde todos pueden hacerse escuchar, a partir de la existencia de un entramado institucional que así lo admite.

Aquí se propone que diferentes formas de ciudadanía están relacionadas con múltiples disposiciones y usos de recursos contruidos individual y colectivamente. Dichos recursos se conjugan y ponen en circulación en distintos niveles del espacio público, al que los ciudadanos concurren para colocar no sólo demandas particulares, sino necesidades nuevas y viejas de los grupos sociales. Siguiendo esta perspectiva, la disponibilidad de recursos y la oportunidad con

que se ponen en juego conducen a perfiles ciudadanos más consistentes, orientados hacia lo público y hacia la influencia en el espacio social.

Vale la pena apuntar que la sola aparición de los ciudadanos en el espacio de lo público no garantiza la construcción ciudadana. Este es un proceso que lejos de ser acumulativo evidencia y reproduce condiciones macro y micro estructurales que van desde el diseño de instituciones y propuestas homogenizantes hasta experiencias autogestivas, muchas de ellos centradas en el ámbito de lo local. De este modo, la función integradora de la ciudadanía se observa con mayor frecuencia vinculada al sentido de pertenencia, ya sea territorial o cultural, lo que a nivel macro se traduce en la existencia de múltiples, muy diversas y a veces excluyentes formas ciudadanas que concurren al espacio público desde distintas arenas.

El caso de los jóvenes muestra claramente cómo las condiciones desde la que experimentan esta etapa de vida reproduce y agudiza la ausencia de una visión ciudadana integradora, en la que se reconozca la capacidad de los actores de articular propuestas, expresar opiniones e incidir en el devenir político – social. Se trata de un sector de la población que irrumpe recientemente en la historia social (siglo XIX) pero que ha sido considerado casi desde entonces como objeto de tutela y protección por parte de las instituciones, lo que anula la posibilidad de propiciar espacios y condiciones para ejercitar los nuevos contenidos ciudadanos, salvo en casos de excepción, como los movimientos sociales típicamente juveniles, casi siempre enmarcados en el terreno universitario o estudiantil.

La juventud, tiene un carácter multidimensional tanto en lo conceptual como en lo práctico. Está conectada al entramado de instituciones sociales, políticas, económicas y culturales, a la vez que en su interior se desarrollan experiencias novedosas, muchas veces transgresoras y críticas que se vuelven premisa para interactuar en diferentes esferas fuera de su ámbito familiar. En estas experiencias los jóvenes crean las oportunidades para forjar roles y crear identidades, solidaridades o, dicho en otras palabras, los vínculos entre ellos y su comunidad. Es en este plano donde se incorpora el concepto de ciudadanía, que se redimensionaliza a partir de la multiplicidad de esferas que intervienen en el fenómeno juvenil y que autores como Reguillo denominan ciudadanía policéntrica (2003:19) o, dicho de otra manera, que

considera lo mismo el espacio de reconocimiento de derechos civiles, políticos y sociales; al mismo tiempo que el derecho a que sea reconocida su diferencia, su manifestaciones propias, así como sus formas de inserción particulares en el espacio de lo público, ámbito inherente al ejercicio ciudadano.

En este trabajo se presentan los alcances del proceso de construcción de ciudadanía activa desarrollada por jóvenes pertenecientes a dos agrupaciones de la Ciudad de México: Elige, Red por los Derechos Sexuales y Reproductivos A. C. y Colectivo Voladora, Arte y Cultura en Comunidad¹. Las dos tienen como denominador común su intención de promover sujetos visibles y activos, con capacidad de acceder a espacios sociales y simbólicos en los que hagan valer su condición de ciudadanos, considerando los recursos que intervienen en su proceso de integración, definición de estrategias e interlocutores. Lo anterior plantea también retos para un contexto institucional y de políticas que hasta ahora se ha mostrado con escasa capacidad de interlocución y reconocimiento de estos sujetos.

Estas son dos experiencias distintas de agrupación, una que ha transitado hacia un formato más articulado, con un estructura y funciones definidas y con presencia en redes sociales e institucionales a nivel nacional e internacional; es decir, una organización en la que se pueden detectar rasgos de una organización consolidada, pero con un acentuado componente de espontaneidad juvenil. La otra ha decidido consensuadamente mantener su carácter autónomo, lo que, como se verá mas adelante, también ha significado tensiones e incluso riesgo de rupturas ante la presencia de integrantes con capitales sociales y culturales diferenciados. Ambas son una muestra de las innumerables prácticas asociativas desarrolladas por los jóvenes en torno a múltiples temas y reivindicaciones que evidencian el potencial creativo, conflictivo y transformador de la movilización juvenil en el espacio urbano de la Ciudad de México, así como la complejidad de su constitución como ciudadanos, reconocibles y reconocidos en el terreno de lo público.

¹ *ELIGE, Red por los derechos sexuales y reproductivos A. C.* es una Organización civil feminista de mujeres y hombres formada en 1996 en el Distrito Federal, constituida legalmente en 1999. *Colectivo Voladora* se fundó hace cuatro años en Tultepec, Estado de México por jóvenes originarios de esta comunidad.

1. La Ciudad, territorio social y simbólico para las ciudadanías juveniles

En la ciudad, sobre todo en la capital del país, convergen procesos acentuados de diferenciación, exclusión y segmentación social (Ramírez.2004:382) que han tenido impacto directo en las formas de socialidad, de convivencia, así como en la continuidad, densidad y consistencia del espacio público construido. En la ciudad se cristalizan diferencias y afinidades, formas de actuación singulares y plurales, así como tensiones y conflictividades propias del proceso mismo de *habitar*, de formar parte activa de un entorno común. Los jóvenes objeto de este estudio se insertan en este contexto altamente complejo interrogándose desde sus propias experiencias organizativas sobre su propia autodefinición y autonomía respecto a sí mismos y el mundo que les rodea.

La Ciudad de México es no sólo la capital del país, es también centro desde donde se producen contenidos simbólicos que se difunden a lo largo y ancho de la república. En este espacio coexisten las formas de vida más modernas con los niveles más acentuados de marginación. Se trata de un espacio que dista de ser uniforme, de tener una capacidad de integración y articulación para todos sus habitantes, quienes ante la fragmentación de su entorno de vida, desarrollan formas de socialidad y territorialidad peculiares. Acorde con información del año 2000, "...una quinta parte de la metrópoli presenta características equivalentes a las ciudades del primer mundo, dos quintas partes se asemejan a zonas de pobres de estas últimas urbes y 40% restante se encuentra calcutizado..." (Graza.2000:12).

En este contexto, el abordaje de los procesos de agrupación juvenil en el marco de la Ciudad de México requiere considerar una densidad social y territorial peculiar. La Ciudad, como lo apunta Castillo (1997:83) está configurada por dos dimensiones geográficas que remiten a realidades sociales distintas: por un lado, el Distrito Federal (16 delegaciones), con mayor infraestructura urbana, social y cultural y los municipios de la zona conurbada (17), que se distinguen por grados altos de marginación y por una oferta de servicios insuficiente que hace a sus habitantes girar en torno al Distrito Federal, ya sea para trabajar, estudiar o para acceder al consumo cultural. Esta diferenciación socioespacial tiene efectos nocivos en el acceso y significado de los espacios públicos, que tienden a volverse territorio ausente de contenidos

aglutinadores, de socialidad y convivencia. Sin embargo, también en la Ciudad se desarrollan procesos de construcción de formas de interrelación a partir de elementos novedosos, de identidades e intereses, en lo que aquí es interpretado como el desarrollo de prácticas que se ubican en el centro de la dicotomía inclusión - exclusión, es decir que se orientan a entrelazar a sujetos, intencionalidades y acciones en contextos complejos orientadas al reconocimiento en el plano de lo público, al ser visible y reconocido en el entorno social.

Desde el punto de vista de las movilizaciones sociales, la capital del país ha sido escenario para la manifestación organizada de intereses y demandas provenientes de distintos sectores de la población. Como lo apuntan Ziccardi y Alvarez, “Durante varias décadas, la relación de las organizaciones sociales autónomas ... con las instituciones de Estado fue de enfrentamiento y lucha...” esto devino en la presencia de movimientos al margen del contexto institucional (2000:684) que, independientemente de los logros materiales alcanzados, posicionaron temas y demandas particulares, lo que en el mediano plazo devino en la ampliación y, en ciertos casos, fortalecimiento de la influencia de la sociedad organizada en la ciudad, con efectos incluso a nivel nacional.

Por otro lado, la experiencia asociativa juvenil dista de ser una realidad mayoritaria y permanente entre los jóvenes de la Ciudad de México, lo que no significa que sea poco influyente. En la ciudad existe un número importante de experiencias colectivas desarrolladas por jóvenes con propuestas culturales, de derechos, ecologistas, empresariales, entre otras (Serna.2000; Ziccardi y Álvarez.2000). La diversidad de formas de agrupación puestas en práctica por los jóvenes hace necesario distinguir a las organizaciones juveniles de las muchas experiencias agregativas protagonizadas por este sector de la población. En este sentido, se parte de que la organización juvenil es “...la acción que ejerce un grupo sobre sus propios integrantes, definiendo explícitamente sus objetivos, sus funciones, sus tareas y las formas de relación que establecen entre ellos...” (IMJ.1998). Si bien muchas experiencias colectivas podrían estar insertas en esta categorización, aquí interesa profundizar en aquellas desarrolladas de manera autogestiva, planteando demandas que reivindiquen su papel como actores interesados por el devenir de jóvenes y la sociedad en que viven.

Si bien no es práctica mayoritaria, una parte importante de jóvenes entre 18 y 29 años (casi una cuarta parte de ellos) intervienen en agrupaciones de distinto perfil, alcance y tipo. Algunas resaltan por su capacidad de convocatoria, otras por el uso de formas expresivas creadoras de identidad, o por la transitoriedad que la define. Siguiendo a Urteaga (2005:214), el espacio urbano pone en evidencia "...la importancia que este tiene para los jóvenes como lugar social de su constitución como jóvenes, con identidad y espesor definido, frente a otros segmentos de edad en la ciudad." Las agrupaciones juveniles han hecho uso de una amplia variedad de mecanismos para hacerse ver y escuchar en lo público, para comunicarse entre sí. En este nivel, se inserta el conjunto diverso de prácticas y símbolos producidos por ellos mismos que les dan sentido e identidad a estos actores.

En esta aproximación a las diversas prácticas colectivas juveniles se partió del hecho de que en la Ciudad de México, coexisten diferenciada y desigualmente muchas juventudes que expresan los procesos de acelerada fragmentación social en el nivel individual y grupal. Por un lado, está un amplio sector juvenil que se consume en la marginación y en la exclusión social (Makowsky.2003); están otros, quienes tienen asegurada su inclusión en la estructura social, con una educación y expectativas de desarrollo individual altamente realizables a corto plazo (Feixa,1998; Serna.2000); y está un tercer grupo, con mayor probabilidad de acceder a las instancias sociales e institucionales que los primeros, pero cuyo proceso de inclusión no está plenamente garantizado. Este es un sector de los jóvenes que asiste a la escuela (pública), que concurre a espacios abiertos (calles y plazas) y cerrados (la escuela o la iglesia) en busca de interacciones e intercambios que les otorguen cierta certidumbre. En este tercer y último segmento se encuentran las agrupaciones sociales objeto de este estudio.

2. De las agrupaciones juveniles

Siguiendo a Serna, en el terreno de lo que llama, "las organizaciones juveniles realmente existentes" es posible distinguir para fines analíticos entre las organizaciones integradas por jóvenes y las organizaciones juveniles. En estas últimas se forjan o fortalecen vínculos subjetivos, casi siempre de tipo identitario, lo que lleva a que sus integrantes se autodefinan como sujetos activos integrantes de una generación (2000:120). No obstante, es frecuente que

dentro de los grupos de jóvenes se entrecruzan roles y marcos de acción que hacen más compleja su distinción. Dos de los tipos de organizaciones juveniles que identifica esta autora tomando en cuenta composición, origen y propósitos son las promovidas desde fuera del universo juvenil, que se generan por vínculos ideológicos y financieros con otras instituciones o con otros actores de la sociedad civil y la segunda, como procesos impulsados por los propios jóvenes en respuesta a necesidades o desafíos a la autoridad, las instituciones o a la otredad. Un rasgo que comparten estos dos tipos de agrupaciones es la autonomía de sus miembros como agentes detonadores de procesos de alcance diferenciado en el espacio de lo social.

Los ejes para analizar las experiencias asociativas desarrolladas por Elige y Voladora se concentran en tres aspectos que evidencian la influencia de recursos diferenciados y desiguales en múltiples ámbitos de construcción de ciudadanía: la *configuración* de las agrupaciones, su grado de *autogestión* y autonomía, así como sus *reivindicaciones*, traducidas en estrategias y discursos compartidos.

El origen / La auto-definición

Tanto Elige como Voladora se organizaron a partir de la propuesta de jóvenes que, debido a sus intereses o su intervención en procesos formativos en talleres o su experiencia en otras agrupaciones, planearon la inquietud de integrarse, a partir de la de detección de campos problemáticos vinculados a su vida cotidiana. Elige fue resultado de un proceso de reflexión y formación en un taller en el tema de los derechos sexuales de las mujeres en el que participaron las dos fundadoras.

El detonante del Colectivo Voladora fue la iniciativa de tres jóvenes originarios de la comunidad de Tultepec, Estado de México. Uno de ellos se había trasladado al D. F. y, por cuestiones laborales, había tenido contacto con otras experiencias organizativas. Los tres se propusieron generar una opción cultural en la comunidad, ante la ausencia de propuestas que aglutinaran los intereses y las inquietudes de los jóvenes de la localidad.

Cuando los fundadores, ya sea en Elige o en Voladora se plantearon iniciar un proceso organizativo no imaginaron los efectos a nivel individual y colectivo que generarían, todo era parte de una inquietud de la que ni siquiera estaban seguros fuera compartida por otros jóvenes. En cierta medida, en ambos casos se trató de un origen un tanto espontáneo, especialmente en el caso de Voladora, donde sus integrantes no tenían capital organizativo previo. De hecho, las fundadoras de Elige, aunque venían de experiencias de activismo en el tema de los derechos sexuales y reproductivos tampoco tenían claro el horizonte que se estaban trazando al iniciar su organización, incluso comenzaron sus actividades como un colectivo, pero las condiciones institucionales, en particular el acceso a recursos financieros, fueron exigiendo que Elige transitara a una estructura definida y, más tarde, a su registro como asociación civil.

Este proceso de diferenciación como grupo también ha sido vivido dentro de Voladora, y es una discusión permanente que, en ciertos momentos, ha representado un riesgo para la continuidad del grupo, pues la presencia de jóvenes con capitales culturales menos homogéneos que en Elige, ha generado distintas visiones acerca de hacia donde deben dirigirse los esfuerzos conjuntos. Sin embargo, cuando se fue haciendo claro que Voladora se estaba convirtiendo, ante la pronta respuesta de los jóvenes de Tultepec, en un grupo que tenía que definirse como tal, fue necesario el diálogo de quienes se habían vuelto asistentes frecuentes a las funciones de cine que organizaban semana a semana. Desde su surgimiento, el colectivo no se propuso ser una “organización de jóvenes”, pues sintieron que esa era una etiqueta que los “encajonaría” convirtiéndose en parte de una moda. Optaron por autodefinirse como una organización comunitaria, con un carácter y una perspectiva de mayor inclusión en su entorno social.

Gradualmente, el colectivo fue adquiriendo un perfil más de agrupación juvenil, pues los jóvenes se fueron convirtiendo en los participantes más asiduos. Se fueron manifestando intereses de realizar actividades en conjunto que fueran para la comunidad, aunque en principio se dirigirían a los jóvenes.

De esta manera es posible apreciar que las organizaciones juveniles responden a necesidades del contexto inmediato y, a su vez, dichas necesidades son construidas socialmente, de tal suerte que para algunas agrupaciones es central lo que para otras otros ni siquiera es tematizado (Escobar. 2003:96). Por otro lado, en la construcción de la práctica colectiva influyen los recursos con que los integrantes acceden al grupo y ello es determinante en el perfil de la organización y, en particular, en la definición de sus cursos de acción. Si bien es cierto que difícilmente se puede considerar a la juventud como una experiencia homogénea a nivel de segmento social, en el plano individual esto se reproduce con mayor agudeza. En el caso de las dos organizaciones aquí estudiadas, una cuenta con un perfil de integrante más definido: egresado de alguna carrera universitaria de corte social, interés en el tema, experiencia en procesos colectivos y formación en materia de sociedad civil. Con ello se busca dar continuidad al trabajo del grupo. Este es el caso de Elige.

En Voladora no se ha pensado en un perfil de integrante, de hecho una de sus ideas iniciales, mantenidas hasta ahora, es el carácter abierto que ha tenido su convocatoria. Lo que ha sucedido al respecto es que varios asistentes a sus cine-debates se sintieron desalentados cuando comenzaron a establecerse ciertas reglas, entre ellas, no ingerir bebidas alcohólicas ni drogas en los lugares de reunión. Esta toma de posición también fue decidida en conjunto, al notar que las reuniones del colectivo estaban en riesgo de perder su sentido original. Por otro lado, la diversidad de integrantes en cuanto a formación e intereses tiende a ser dicotómica, pues por un lado se han enriquecido con distintas visiones y problemáticas, pero por otro, las diferentes visiones han generado tensión al interior del grupo. De hecho, pareciera ser que la definición de ciertos parámetros de pertenencia ha sido un factor que llega incluso a debilitar a los colectivos, cuando aquellos no son compartidos.

En el plano del origen de las agrupaciones estudiadas, se observa que la espontaneidad y la iniciativa personal de jóvenes ha sido determinante. También se observa que acceder a procesos organizativos sin experiencia alguna puede ser un factor de posibles tensiones e incluso rupturas dentro del grupo. Pareciera ser que la configuración de estas experiencias asociativas han surgido de una suerte de continuidad del espacio de los amigos (lugar de socialización central en esta etapa de vida y las organizaciones, lo que en ocasiones ha sido

problemático cuando hay que definir marcos de acción para todos aquellos que deciden formalizar el encuentro y agregarle una causa.

De la autogestión y la autonomía

El segundo de los rasgos considerados es el grado de autogestión juvenil que existe en el grupo, esto es, la intervención de los integrantes jóvenes en la vida interna de la organización, así como el tipo de vínculos operativos que tienen con otros actores, en particular instituciones y organizaciones de la sociedad civil que trabajan temas de juventud. En este sentido, interesa el tipo de “acompañamiento” que han tenido Elige y Colectivo Voladora en su trabajo cotidiano, además de uno de los rasgos centrales en su quehacer: la procuración de recursos financieros, pues el trabajo organizativo que realizan requiere de ambos, lo que ha llevado a estos grupos a plantearse el tema de la autonomía, ya sea como fin o como medio.

En cuanto a la en la vida organizativa, la composición puramente juvenil de ambos grupos les ha significado luchar contra una difundida concepción acerca de que los jóvenes son incapaces de trabajar sistemáticamente enfocados hacia el logro de objetivos. Por otro lado, a nivel interno, el grupo ha definido reglas de intervención y criterios de trabajo, acordes con el nivel de responsabilidad e intereses de cada miembro. Sin embargo, en ambos grupos aseguran que colocar su trabajo fuera de sí mismos, les ha llevado a tener como punto de partida el desarrollo de sus proyectos de manera responsable, para ser tomados en cuenta ya sea por la comunidad, por otras organizaciones sociales o por las instituciones.

En el nivel de la estructura interna del grupo y su funcionamiento se puede identificar una clara diferencia entre Elige y Voladora, pues en este último no hay una definición de funciones ni de responsabilidades explícitamente establecida, aunque con el tiempo se ha ido conformando un “núcleo” de integrantes que participa regularmente y se definen responsabilidades de los de los proyectos a realizar a partir de los intereses de cada uno de estos “coordinadores informales”. En Voladora consideran que su funcionamiento es un tanto anárquico pero que ese ha sido uno de los elementos que ha afianzado al colectivo en la

comunidad, pues se les percibe como una propuesta auténtica y alternativa a las ya existentes en la región.

El tercer componente de autogestión es el acceso a recursos. En ese sentido se ha mencionado ya que los integrantes de ambas agrupaciones han concurrido a ellas con capitales culturales y organizativos distintos, lo que han influenciados sus procesos colectivos desde la definición de marcos y estrategias hasta el acceso mismo a recursos financieros. Sobre este punto, el dinero, hubo reflexiones interesantes en Elige y Voladora pues ambos apuntaron que es un aspecto de su vida organizativa que representa una doble cara, en virtud de que acceder a apoyos financieros de parte de las instituciones, a su vez, pone en cuestionamiento el nivel de autonomía de la organización y la forma que tendrá de relacionarse con quienes otorgan los recursos. Adicionalmente, plantear el funcionamiento del grupo en términos de la disponibilidad presupuestaria resta el corte utópico y progresista con que en general los jóvenes ven a las agrupaciones a las que pertenecen.

Clarificarse la importancia de acceder a fuentes de financiamiento regulares que den continuidad a los proyectos, sin duda ha generado compromisos y formalidades no planeadas ni deseadas, ha obligado algunas veces a “salir” del mundo juvenil y asumir posturas de grupos más establecidos, con capacidad de respuesta eficiente y eficaz, de dar cumplimiento a compromisos, de presentar proyectos formalmente desarrollados, lo que además supone que los jóvenes cuentan con bagaje suficiente para formularlos, cosa que no siempre sucede, pues incluso Elige, con una trayectoria más profesionalizada, asegura que han dejado pasar convocatorias nacionales (la del Instituto Mexicano de la Juventud es una) por lo excesivo de los requisitos y ello evidencia dos situaciones: la primera, que predomina la desconfianza en los procesos organizativos juveniles, incluso desde las instancias gubernamentales enfocadas a apoyar a este sector de la población y, la segunda, que estas convocatorias están dirigidas implícitamente a jóvenes que tienen recursos sociales y culturales para responder a ellas, lo que deja de lado a una amplia mayoría de experiencias organizativas juveniles que se enfrentan a la disyuntiva de acceder a recursos aún más limitados por otras vías (proyectos de ONGs, propuestas no dirigidas a jóvenes y la solidaridad comunitaria) o desaparecer.

Otras agrupaciones juveniles sin personalidad jurídica que han accedido a financiamientos, como Voladora han enfrentado dificultades, tanto en el momento de definir y formular proyectos a partir de objetivos e indicadores específicos, como el momento de administrar los recursos; sin embargo en la primera convocatoria en que participaron para acceder a recursos otorgados por el gobierno del Estado de México Voladora obtuvo un apoyo que fue utilizado para comprar equipo, lo que resultó en la expansión de la influencia del colectivo hacia la comunidad, pues los proyectos del grupo salieron de su espacio y se convirtieron en iniciativas itinerantes en los barrios y colonias de Tultepec.

La falta de capacidad administrativa por parte de las organizaciones juveniles también es un factor que limita el acceso a recursos, pues sucede con frecuencia que una vez otorgados los apoyos, el dinero se destina a compra de equipo que no cumple con las expectativas para las que fue adquirido. En este sentido, el manejo de recursos se vuelve un componente más del capital organizativo que desarrollan los jóvenes dentro de sus agrupaciones, pues quienes han adquirido experiencia o conocimientos en este plano a través de su intervención en talleres o en otros grupos tienen mayor claridad en el uso y la comprobación de fondos obtenidos de distintas fuentes de financiamiento, lo que genera confianza entre estas últimas y así logran acceder a recursos con mayor facilidad en otras instancias, por lo que el campo de oportunidades es aprovechado por unas cuantas agrupaciones juveniles.

El tema de los recursos es sumamente complejo dentro de los grupos. Resaltan 4 dimensiones problemáticas: primero, el dinero se convierte en un tabú o en algo de los que se habla en conjunto sólo cuando es una limitante para desarrollar proyectos específicos, pues lleva implícita una connotación ideológica y requiere una toma de postura de la organización frente a las instituciones (prefieren no se les “tire línea”). Segundo, las habilidades administrativas no son un bagaje compartido entre la juventud, quien en general no ha tenido acceso previo a recursos y menos aún recursos públicos, lo que repercute en inexperiencia para el ejercicio y comprobación de los apoyos. Tercero, el limitado acceso a recursos financieros por parte de agrupaciones, sin una personalidad jurídica que genere confianza, hace que se desarrollen estrategias alternas que no alcanzan a reducir el grado de incertidumbre en la continuidad de los proyectos ni en la continuidad del grupo. Cuarto, las experiencias organizativas juveniles

disponen de manera muy limitada de recursos financieros. Saben que existen espacios para acceder a ellos, sin embargo, el dinero es absorbido por las organizaciones que trabajan en el campo de la juventud con personalidad jurídica, con larga trayectoria y capacidad para proponer acciones sobre temas distintos, atendiendo a la multiplicidad de necesidades y demandas de los jóvenes, pero donde los jóvenes no deciden que van a hacer. Sobre esta “competencia desigual” una entrevistada mencionó:

“... no permites que la gente joven se haga cargo del dinero porque el dinero es poder y no discutas porque ese poder no se lo puedes dar a los jóvenes...” (Elige, enero 2007).

Las reivindicaciones y los campos de conflicto

Pretender juzgar los procesos movilizatorios juveniles de la actualidad a partir de los planteamientos, discursos y movimientos de otras generaciones, puede conducir a proponer de manera anticipada que los procesos colectivos de jóvenes no tienen fundamento o que detrás de ellos no existe visión de sociedad alguna. Autores como Beck (2002) puntualizan el carácter apolíticamente activo de los jóvenes, traducido en la manifestación de intereses de corte más social y comunitario, de corresponsabilidad social, y menos tipo político partidario.

En este enfoque, las múltiples y diferenciadas formas expresivas desarrolladas por jóvenes llaman la atención fuera del universo juvenil cuando son disruptivas o violentas o cuando son encuadradas en el ámbito de lo cultural o estético, sin que ello represente un riesgo para la convivencia social; es decir pocas veces se atribuye a estas experiencias capacidad de influir en el campo de lo público. Esto(jóvenes incluidos) sucede en buena medida debido a que para ello tendría que atribuírsele a los jóvenes y a sus agrupaciones la autonomía para ejercer crítica y reflexivamente su influencia en la reproducción y transformación en el devenir social.

Al menos durante las últimas dos décadas, los jóvenes han logrado articular intereses primordialmente vinculados a su vida cotidiana y a su entorno inmediato, identificando formas expresivas y marcos de acción que se sustraen a los estereotipos de confrontación y violencia

que les han sido impuestos. Distintas experiencias de trabajo colectivo desarrollado por jóvenes dan cuenta del grado de inclusión a que aspiran así como de la legitimidad que cobran nuevos actores de la sociedad civil, guiados por causas y reivindicaciones con significado para su trayectoria vital.

Los jóvenes en México dicen interesarse por asuntos como la ecología, los derechos indígenas, la paz, los derechos humanos, entre otros (ENJ.2000), algunos de estos intereses se han articulado en experiencias asociativas como las desarrolladas por las organizaciones estudiadas, en las que predomina el interés de su reconocimiento en el espacio de lo público y lo social, en particular porque consideran no hay condiciones que procuren su inserción plena, sino por el contrario, han experimentado situaciones de desventaja, a partir de las cuales desarrollan estrategias para ser vistos y escuchados, para expresar demandas e intereses, usando códigos compartidos entre los jóvenes, al tiempo que buscan ser percibidos por el entorno social e institucional que les rodea.

En su trayectoria grupal, los integrantes de Elige y Voladora han definido permanentemente causas, lugares e interlocutores, ello generado en muy buena medida por las oportunidades y coyunturas que encuentran, también como un ejercicio constante de reflexión sobre los alcances del trabajo que han venido realizando, lo que resulta con frecuencia en la reorientación de proyectos y de aproximaciones a los distintos ámbitos que les rodean. Esto es provocado, desde su propia perspectiva, por el interés de poner en marcha propuestas con contenido acordes a las nuevas demandas que se generan a partir del trabajo que realizan y de la interacción con otros jóvenes organizados o no. Las relaciones con actores de distinto tipo les ha permitido consolidar su identidad grupal, al tener que desarrollar un discurso organizativo propio estructurado en tres ejes fundamentales: quiénes son, qué persiguen y por qué son agrupación juvenil, presente incluso en Voladora, donde inicialmente se configuraron como organización comunitaria, para insertarse en una colectividad poco interesada en propuestas novedosas.

En Elige es posible encontrar una serie de reivindicaciones estructurantes de la acción colectiva que se han construido en el discurso y se han traducido en la práctica: el derecho a

decidir sobre la vida sexual y reproductiva de la gente joven, mediante la búsqueda de reconocimiento en el contexto social e institucional de que la práctica sexual juvenil no es un asunto que se circunscriba al ámbito de la vida privada ni un problema de salud pública que se cuantifica en el número de embarazos no deseados, en la estimación de abortos clandestinos, o en un tema que concierne exclusivamente a las mujeres. Desde esta perspectiva se propone que el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos son parte integrante del ejercicio ciudadano, objetivado en el empoderamiento juvenil y la autonomización de los jóvenes.

En Colectivo Voladora las definiciones sobre sus reivindicaciones se han dado a partir de las necesidades y las rutas que el propio colectivo va trazando, al incorporar nuevas experiencias, inquietudes, miembros y temas. De esta manera, los integrantes de voladora han vivido una suerte de cuatro etapas de su vida grupal, en las que sus causas se han reorientado de manera importante: la primera, su definición como colectivo (hace casi cuatro años) cuando propusieron ser una alternativa a la vida cultural de su comunidad, propiciando espacios de encuentro y reflexión sobre la problemática social y comunitaria. La segunda, cuando después de un año de trabajo y fortalecimiento de su imagen colectiva dentro de su localidad se plantearon acceder a espacios juveniles más amplios para articularse con otros grupos de la Ciudad y el Estado de México, a partir de propuestas culturales novedosas. La tercera etapa está vinculada a la presencia del EZLN en la escena nacional, a propósito de la sexta declaración de la selva Lacandona, lo que plantea al colectivo la necesidad de que sus simpatías políticas se traduzcan en estrategias de apoyo al movimiento zapatista. Actualmente pasan por una cuarta etapa en la que el colectivo está definiendo nuevas rutas de actuación para articularse a una red global de lucha por la defensa de los derechos de los excluidos, jóvenes entre ellos.

Introducir una causa explícitamente política como la del EZLN significó una ruta diferente para el colectivo, pues se produjeron fracturas internas dentro del grupo. Algunos de los integrantes decidieron mantenerse al margen de la “otra campaña”, algunos por desconfianza, otros por falta de interés o de tiempo. Por otro lado, la comunidad comenzó a mirar con cierto recelo al colectivo cuando empezó a generar actividades de apoyo o de presencia del zapatismo en la región. Sus interlocutores locales cuestionaron la naturaleza del apoyo que

generaban y esto los colocó frente a la disyuntiva de dar continuidad a su participación en este terreno o volver a la iniciativa original de Voladora: la cultura.

Se puede apreciar cómo la presencia de estas agrupaciones juveniles se manifiesta, a partir de situaciones del entorno que son vividas como excluyentes y desiguales. De esa experiencia se desprenden las causas que los movilizan, así como los argumentos, estos últimos muy estrechamente vinculados al capital que poseen tanto integrantes como agrupaciones. En este sentido, resaltan dos temas: la pertenencia, expresado en la sensibilidad y los lazos afectivos intrínsecos que se traduce en el significado de ser integrante joven de una agrupación de jóvenes y, segundo, la confianza, aspecto central en la colocación del grupo en el ámbito público.

Los otros: campos de conflicto

Como ha sido expuesto, en la configuración de las experiencias organizativas juveniles hay un conjunto de elementos intrínsecos que le conceden coherencia y consistencia a los grupos, lo que compone su identidad colectiva. La identidad del grupo se objetiva en discursos, prácticas compartidas y en su sentido de pertenencia. Al mismo tiempo, la definición de la identidad grupal conlleva a clarificar a los otros, a concederles relevancia dentro de los proyectos realizados y a delimitar los espacios de visibilidad a los que acceden para hacerse ver y escuchar por los demás. De modo adicional, el que haya jóvenes que desarrollen o potencien su capital organizativo está estrechamente vinculado al contexto social, institucional y cultural en que aparecen. En este sentido, las condiciones en que aparecen estos grupos también juegan un papel central en los alcances de las demandas y reivindicaciones que proponen, en tanto se convierten en el conjunto de oportunidades políticas donde se insertan. Se trata, como lo explica Álvarez (2004:39), de las “dimensiones congruentes” que incentivan o limitan la participación, tanto desde la perspectiva coyuntural como estructural.

Las agrupaciones juveniles básicamente se desenvuelven en la interrelación simultánea con tres actores que tienen que ver con igual cantidad de niveles diferenciados del espacio. Donde parecen tener mayor influencia es el de lo micro social, ya sea entre otros jóvenes o en la

comunidad local en la que se sitúan, logrando colocar sus propuestas. Otro de los niveles en los que han encontrado cierta presencia e influencia es el de las redes globales de apoyo a los temas que les moviliza, en particular potenciado por los contactos virtuales, a través de internet. El ámbito que presenta mayor debilidad y desinterés por parte de los jóvenes es el de las instituciones locales y nacionales. Este nivel intermedio es percibido con mayor desconfianza y se decide establecer algún tipo de relación con él cuando se buscan financiamientos o los gobiernos se acercan a los jóvenes organizados en busca de apoyo.

En cuanto al nivel más inmediato, los jóvenes organizados plantean sus relaciones con otros jóvenes ya sea en el plano del fortalecimiento de su identidad juvenil o en el de la construcción de redes de apoyo o de intercambio de recursos que potencien el impacto de los proyectos que realizan. La comunidad, local o de jóvenes, aporta la visión crítica y valorativa sobre el trabajo de la organización, contribuye a resaltar diferencias y semejanzas con las que se concurre al espacio público; es el fundamento de solidaridades y diferenciaciones. La comunidad local es el terreno primigenio de actuación, el marco de referencia y el territorio donde aparece la actuación juvenil.

Las redes globales, han sido un espacio que al que acuden muchos jóvenes buscando identificarse con otros a partir de causas, opiniones, puntos de vista y acciones. Este se ha convertido en un lugar al que acude gran cantidad de jóvenes para acceder a información e incluso a recursos, al vincularse con organizaciones y causas internacionales. La desventaja implícita que representa esta esfera es precisamente que no es accesible a todos, además de que algunos organismos internacionales que apoyan a jóvenes son negativamente percibidos por organizaciones juveniles, que, como se apuntó en páginas anteriores, deciden mantenerse distantes a estas propuestas, conservando así su autonomía.

El ámbito de interacción más segmentado es el de las instituciones, en especial las de gobierno. En este sentido se ha mencionado ya que los jóvenes de las agrupaciones estudiadas se insertan en un entramado institucional donde prevalecen visiones adultistas traducidas en políticas y programas de corte asistencial hacia este sector de la población. Ello hace que tanto entre jóvenes como instituciones exista una desconfianza, de parte de los primero por la

visión controladora que se quiere asumir sobre ellos y, de los segundos, debido a la falta de confianza que generan las iniciativas juveniles, en especial las no institucionalizadas.

Las dos agrupaciones estudiadas muestran las ambivalencias que representa reconocer la otredad. Por un lado han encontrado coincidencias y diferencias con otras organizaciones juveniles, algunas les han llevado a establecer redes otras a fragmentar la posibilidad de hacer un trabajo en conjunto, en particular por la disputa que supone concurrir a espacios de acceso limitado, sobre todo cuando se trata de obtener recursos financieros. Ambas agrupaciones han encontrado canales de interlocución viables en el nivel de lo macroespacial, sobre todo con otras organizaciones que comparten temas, intereses y posturas. En el plano de lo institucional se encuentra la mayor diferencia entre Voladora y Elige, pues esta última ha tenido relaciones más estrechas en el ámbito de los gobiernos locales y los organismos internacionales, mientras que Voladora ha decidido mantener, de manera no unánime, su espacio de actuación en lo local y, más específicamente, en lo juvenil local.

La organización ha definido su campo de actuación en el nivel de las instituciones, principalmente locales (Distrito Federal), por encontrar ahí el principal reto para generar sensibilidad y condiciones para el ejercicio de los DSyR. En su perspectiva, es en estas instancias desde donde se tiene que fomentar y propiciar el cambio en los padres, maestros y demás integrantes del mundo adulto que limitan el ejercicio pleno de los derechos sexuales de los jóvenes. Por ello buena parte de su tiempo lo dedican a buscar la incidencia en políticas públicas de juventud para el avance de los DS y R de la gente joven, situándolos como una forma de empoderamiento del sujeto sobre sí mismo y como un mecanismo para que los jóvenes adquieran mayor autonomía y puedan hacer ejercicio pleno de su ciudadanía.

Si bien en lo local, ámbito donde han logrado mayor presencia, han tenido una experiencia que consideran de aprendizaje, están conscientes de que trabajar con gobierno les sitúa ante la incertidumbre con que opera aquel, pues la rotación de funcionarios o de interlocutores directos, muchas veces implica retrocesos o cambios en los planteamientos de su trabajo. En la experiencia de Elige estos cambios intra-institucionales, aunados a la movilidad del sector

juvenil dificulta las coincidencias y la articulación de intereses y propuestas. En este sentido, el centro de su planteamiento y eje de su trabajo de incidencia de política pública parte de que:

Su experiencia de vinculación con colectivos juveniles les ha dejado como enseñanza que no a todos les interesa el tema ni el enfoque de Elige y en ello influyen las condiciones de vida (priorizando otras dimensiones antes que el ejercicio de la sexualidad) y el descrédito que tienen los ámbitos de gobierno entre los jóvenes, quienes han sido típicamente estigmatizados o reprimidos por ellos. Como consecuencia, Elige ha sumado esfuerzos con otras agrupaciones juveniles pero no en el tema de la incidencia en política pública.

En Voladora, la experiencia de relación con las distintas esferas del espacio público, ha transitado por otras rutas. A medida que las expectativas sobre el colectivo fueron creciendo, se hizo necesario transitar hacia otros espacios, *salir* de las casas y encontrar el *lugar* de colectivo. El primer paso fue hacer una búsqueda de lugares públicos dentro de la comunidad para colocar el trabajo del grupo, para luego intentar traducir su proyecto en estrategias que aglutinaran intereses diversos entre los jóvenes del pueblo y colonias aledañas, quienes se sintieron atraídos por la emergencia del colectivo en un entorno caracterizado por la ausencia de alternativas culturales.

3. Convergencias y tensiones en las practicas ciudadanas juveniles

Hasta aquí es posible identificar algunos rasgos que caracterizan, tanto a Elige como a Voladora y en ellos se distinguen rasgos que los hacen peculiares como experiencias en cuanto al desarrollo de habilidades y cualidades compartidas para influenciar los espacios en que se hacen visibles, orientados por el propósito de ser escuchados en una comunidad política que hasta ahora se ha mostrado poco proclive a su inclusión desde la heterogeneidad con la que transitan esta etapa de vida.

Sobre las diferencias entre una y otra agrupación, cabe puntualizar algunos aspectos tales como la fuerte orientación hacia lo institucional que distingue a Elige, hace uso de su experiencia y relaciones en este plano para proponer estrategias que se dirigen en primera

instancia a revertir la tendencia a que sea el Estado quien eduque a los jóvenes y operar en sentido inverso. Sin embargo, una primera aproximación hace parecer que el esfuerzo de esta organización ha sido poco articulado con otros actores y que la red que les da nombre funciona más en el nivel de lo regional (internacional) que en el terreno de lo juvenil, en lo microsocioal.

Sobre su composición, otro aspecto en el que resaltan las diferencias con Voladora, está en que los integrantes de Elige se han formado en los campos teórico y práctico para plantear, proponer y criticar. Por último, la población juvenil con la que interactúan, han sido universitarios de escuelas públicas, aquellos que han logrado satisfacer sus mínimos indispensables y tienen las condiciones para centrar su atención en el tema de los derechos sexuales y reproductivos, estos jóvenes conforman lo que denominan “la banda”.

Voladora por su parte subrayan que el tema que los moviliza tiene un fuerte contenido incluyente: el arte. El colectivo tiene un fuerte contenido identitario, que se tradujo en la preocupación por insertarse en la comunidad, marcando diferencias entre una oferta tradicional, ausente de contenido local (en la comunidad hay una escuela del INBA) y otra cuya convocatoria (la suya) fue novedosa, diferente en el contexto en que se presentaba y ausente de contenidos políticos e ideológicos, al menos en un principio, pues hace poco decidieron sumarse al EZLN y a la otra campaña, lo que trajo también disensos dentro del colectivo y que algunos de sus integrantes se distanciaron de él. Otra dimensión del contenido identitario que les define es el arraigo de que ha logrado el colectivo en Tultepec, pues aunque tres de los integrantes del aquí llamado núcleo del colectivo ya no viven en la localidad, tienen el interés de que se mantenga, aunque se cruce con los proyectos personales.

El tercer aspecto que describe el proceso de construcción de identidad desarrollado por el colectivo se encuentra en el nivel en el que se inserta y donde la agrupación encuentra sus mayores efectos: lo microsocioal e incluso el campo de los proyectos de vida personal de quienes han intervenido en él. Por su composición, Voladora tiene menor número de integrantes que han tenido experiencias de trabajo comunitario o que han vivido procesos formativos en el ámbito de la organización social. Para la mayoría de ellos Voladora es su

primera experiencia de trabajo con y para la comunidad. La población con la que tienen contacto directo y estrecho se ubica en el sector social medio bajo y bajo de la población.

Toca ahora puntualizar las coincidencias entre Elige y Voladora. En este sentido, como rasgos que resultan explicativos a la luz de la tipología utilizada de estas agrupaciones y que se articulan con el proceso de construcción de ciudadanía, llama la atención en primer lugar que ambos representan causas y desarrollan propuestas fuertemente vinculadas a los intereses y a la cotidianidad juvenil, pues se constituyen a partir de la percepción de que en el entorno social-institucional existen problemas, carencias y limitaciones para que los jóvenes se desarrollen plenamente.

En Elige hay una postura y un discurso claros sobre la ciudadanía y el peso que tienen los derechos sexuales en la configuración de aquella, además han diseñado y desarrollado un conjunto de acciones orientadas en este sentido; mientras que en Voladora la ciudadanía no es siquiera un concepto que haya transitado por sus propuestas y discusiones (de hecho se le considera una noción vaga y contradictoria, como se vera en el capítulo siguiente). Ambas agrupaciones han desarrollado estrategias (algunas más planeadas, otras más improvisadas) que han resultado útiles como mecanismos eficaces de construcción de ciudadanía activa en dos sentidos: primero, como ejes articuladores de la acción colectiva juvenil y segundo como dispositivos generadores de visibilidad en el entorno de lo público.

Otro punto de contacto entre ambos grupos lo constituye que se piensa que los jóvenes organizados son agentes generadores de desconfianza por parte de los otros (adultos e instituciones) y que ello implica el diseño de un conjunto de estrategias para posicionar el trabajo que realizan, especialmente en planos del entorno que no están acostumbrados a interactuar con jóvenes que hacen cuestionamientos, plantean propuestas y alternativas. En el fondo subyace la idea de que la disgregación de intereses de los jóvenes puede ser articulada cuando hay iniciativas generadoras de significado en el terreno propio de lo juvenil.

Si bien la forma de acceder a recursos financieros es un aspecto sobre el que las agrupaciones tienen que trabajar permanentemente, pues de ello depende su continuidad y el impacto de su

trabajo; resalta el uso de recursos sociales y simbólicos por parte de las dos, lo que afianza los sentidos de identidad y pertenencia, dentro y fuera de las agrupaciones. En el caso de Elige, esto se traduce en los puentes que han logrado tender con la comunidad de ONGs y colectivos interesados en los Derechos Sexuales; mientras que en Voladora el contenido identitario que origina, da forma y continuidad al grupo, ha sido vínculo, soporte y polo de atracción para los jóvenes de Tultepec y sus alrededores, interesados en saber quiénes son y qué hacen “los voladoras”.

En suma, ambas agrupaciones muestran la complejidad del reto que representa lograr que su visibilidad sea consistente en el espacio social, a la vez que contribuya a transformar el entorno inmediato. En otras palabras, se trata de grupos que aun anclados en usos y costumbres heredadas por una ciudadanía activa en proceso de consolidación, han optado por romper con los estereotipos que prevalecen sobre la apatía juvenil. Los retos hacia adentro son aun más complejos, pues los integrantes de estas agrupaciones enfrentan la disyuntiva de encontrar alternativas de vida que puedan ser compatibles con sus intereses y deseos de participar.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez, Lucía (2004), *La sociedad civil en la Ciudad de México. Actores sociales, oportunidades políticas y esfera pública*, UNAM, Plaza y Valdés, México.

Beck, Ulrich (2006), “Hijos de la libertad: contra las lamentaciones por el derrumbe de los valores” en Beck, Ulrich (comp.) *Hijos de la libertad*, FCE, México.

Borja, Jordi (2003), “La ciudad es el espacio público” en Ramírez, Patricia (coord.), *Espacio público y construcción de ciudadanía*, Miguel Ángel Porrúa, México.

_____ (2004) , “Espacio público y ciudadanía” en Canclini, Néstor (coord.), *Reabrir Espacios Públicos*, UAM/Plaza y Valdés, México.

Castells, Manuel (2003), *La era de la información*, Siglo XXI, México, Vol. II.

Castillo B., Héctor (1997), *Juventud, cultura y política social. Un proyecto de investigación aplicada en la ciudad de México 1987 – 1997*, IMJ, SEP, México.

Feixa, Carles (1998), *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, IMJ/CIEJ, México.

Makowsky, Sara (2003), “Alteridad, exclusión y ciudadanía. Notas para una reescritura del espacio publico” en Ramírez, Patricia (coord.), *Espacio público y construcción de ciudadanía*, Miguel Ángel Porrúa, México.

Marshall, T. H. (1965), *Class, citizenship, and social development*, Double Day Anchor Books.

Mead, Lawrence (1997), "Citizenship and social policy: T. H. Marshall and poverty", en *Social philosophy & policy*, vol.XIV, num. 2, summer.

Ramírez, Patricia (2004), “La política del espacio público en la ciudad” en Canclini, Néstor, *Reabrir espacios públicos*, UAM/Plaza y Valdés, México.

Reguillo, Rossana (2003), “Ciudadanía juveniles en América Latina” en *Ultima década*, no. 19, Viña del Mar.

Serna, Leslie (2000), “Las organizaciones juveniles” en *Jóvenes, Revista de estudios sobre juventud*, año 4 núm. 11, IMJ, México.

Tilly, Charles (1998), “Where do the rights come from?”, en Skocpol, T. (ed.) *Democracy, revolution and history*, Cornell University Press, Ithaca.

Touraine, Alain (1997), *¿Podremos vivir juntos?*, FCE, México.

Turner Bryan (2002), “Outline of a general theory of cultural citizenship”, en Stevenson, Nick (ed.), *Culture and citizenship*, SAGE, Great Britain.

Urteaga, Maritza (2005), “Espacialidades juveniles. Usos, apropiaciones y percepciones del espacio urbano contemporáneo” en *Jóvenes, Revista de estudios sobre juventud*, año 9 núm.23, IMJ, septiembre – diciembre.